

Número de 6 páginas



ZURUPETOS DE LOS FERROCARRILITOS

Estimase como uno de los más felices hallazgos para lucha civil periodística, para la lucha que en pro de la civilidad — que es la libertad en la historia y es la historia en la libertad — se riñe en los periódicos, palestra hoy de la más noble guerra civil; estimase como uno de los más felices hallazgos para ella far para herir a algún personaje político — que no por ello persona — con un mote o un epíteto que la hiera en el talón de Aquiles. Suponiendo, y es mucho suponer, que los tales personajes tengan algo de Aquiles, aunque sólo sea el talón vulnerable. Y el diario madrileño «El Sol», o mejor dicho, su inspirador máximo José Ortega Gasset, heridos por la desatinada real orden sobre la tasa de los periódicos, y apuntando al Dato ése, autor de la real orden y agente de las Compañías de ferrocarriles, cuyas tarifas quiere elevar por otro real decreto antiparlamentario, y por lo tanto anticonstitucional, han dado en llamarle guardaagujas mayor de las Compañías.

¿Guardaagujas? ¡Guardaagujas, no! La función de éste es una función de facilitar el tráfico, de evitar descarrilamientos, de enderezar la marcha de los trenes y no de facilitar las ganancias de los accionistas. El guardaagujas ejerce su menester sin importarle que vaya bien o mal el negocio. Y aunque se nos diga que el Dato ése al elevar por decreto regio y antiparlamentario, es decir, anticonstitucional, las tarifas ferroviarias, lo ha de hacer para que así pueda mejorar el material de tracción y el tráfico, no lo creemos. Y seguimos creyendo que el presidente del Consejo de Negocios de la Casa de lo que trata, es de favorecer el negocio de los accionistas de las Compañías.

«El Sol» mismo publica la cotización de las acciones de las Compañías del Norte y de Madrid-Zaragoza-Alicante antes y después de la última crisis, la de la farva, de donde resulta que las acciones Norte han ganado seis enteros, subiendo de 282 a 288, y las M. Z. A. siete, de 288 a 295. Y esto no es cosa de tráfico, ni al que compró barato — o hizo como que compraba, cual se suele en el juego de la Bolsa — y vende más caro — o hace que vende, cobrando la diferencia — le importa un bledo que la línea marche bien o mal.

No es, pues, oficio de guardaagujas el que ha ejercido el presidente del Consejo de Negocios al hacer la crisis y echar por la borda al señor Ortuño, sino a lo más, y si alguno, el de zurupeto. Y acaso fuera más acertado que llamarle crisis oriental — como se le ha llamado — llamarle crisis bursátil. Es, por lo menos, lo que las apariencias acusan. ¡Y tales cosas estamos presenciando en este período político de agiotaje!

Ahora salen diciendo que hay quien por respeto acaso al voto del Parlamento, que es un poder co-soberano — o debía serlo, — no le permitirá al presidente del Consejo de Negocios elevar por decreto las tarifas ferroviarias. Es posible y sería una sagaz ocurrencia. Pero en tanto las acciones suben y bajan y permiten negociar con esas oscilaciones.

Hemos visto en nuestra tierra hacerse y deshacerse en muy pocos años una pequeña vía férrea. Fué proyectada cuando todos declaraban que era un absurdo — y así lo juzgó el que esto escribe y que conocía paso a paso su recorrido todo; — fué planeada, fué abierta al público, funcionó algún tiempo y hoy no quedan ni los railes, y por donde iba la vía va un camino en que crece la hierba. Pero en tanto subían y bajaban las acciones y el pobre ferrocarrilito — en el que, por cierto, ocurrió un terrible descarrilamiento catastrófico a las puertas de Bilbao — al juego de la Bolsa.

¿Cómo de la misma manera que hay el juego de los caballitos, análogo según se nos dice al de la rueta, no se inventa el de los ferrocarrilitos? ¿O así como hay las carreras de caballos, regia diversión, no hay carreras de ferrocarriles? Sin que sea menester que los ferrocarriles mismos corran. No corría mucho aquel de que os hablábamos, pero hacía correr la Bolsa.

Lo de 1917 fué ominoso y triste. Lo que empezó con el pronunciamiento de Barcelona del 1.º de junio de aquel año y concluyó con llevar al presidio de Cartagena al Comité de la huelga revolucionaria, fué todo ello de lo más triste que se ha visto en España, y ello se los está echando de continuo en cara al Dato ése y consortes en idoneidad cortesana. Pero ahora es peor.

De entonces, de 1917 acá se ha acabado la gran guerra, y con eso que llaman la postguerra ha llegado al colmo el desentreno materialista de los negocios. Se especula ya con todo, hasta con la revolución — ¿revolución? — y con las huelgas. Porque ¿quién sabe si llegamos a averiguar un día que muchos de esos que creen ir a la huelga no son empujados a ella por mano hábil que les lanza como se lanza a los caballitos de que os decíamos? ¡Los caballitos!, ¡los ferrocarrilitos!, ¡las huelguitas! Negocio, negocio y negocio. O mejor: juego, juego y juego.

Y esta es hoy la política, la que uno de sus personajes dicen que ha calificado de gran farsa. Gran jugada más bien. Y el juego divierte.

La gente se va percatando de que se gana más jugando que no produciendo, y juega. ¡Hasta juega a la producción! Y desde luego se juega a la huelga. Y los que debían gobernar hacen de zurupetos.

Vuelve a anunciarse otra huelga de ferroviarios allá para el 20 de este mes de setiembre. Y si eso ocurre será que los ferroviarios hacen de caballitos, conségase o no con eso el decreto anticonstitucional del alza de tarifas. ¡Con tal que se alcen y bajen las acciones!

Y así va descarrilando el reino de España. ¿No se podía hacer alguna apuesta sobre su fin?

Miguel de UNAMUNO.

